

PROYECTO DE DECLARACION

La Honorable Cámara de Diputados de la Nación

DECLARA

Su más enérgico repudio a los actos de violencia, persecución y exterminio perpetrados por organizaciones terroristas islámicas contra comunidades cristianas en Siria, Nigeria y otros países de Oriente Medio y África.

Asimismo, expresa su profunda preocupación por el silencio selectivo de organismos internacionales y de parte de la prensa global que, mientras sobredimensionan o tergiversan determinados conflictos, callan ante el verdadero genocidio que sufren las minorías religiosas en la región.

Firmante: Gerardo Milman

FUNDAMENTOS

Señor presidente:

El presente proyecto de declaración se erige como un deber moral, político y civilizatorio de esta Honorable Cámara frente a uno de los dramas más silenciados y a la vez más decisivos de nuestro tiempo: la persecución sistemática, brutal y persistente contra comunidades cristianas en Oriente Medio y África, especialmente en Siria y Nigeria, por parte de grupos terroristas islámicos que, bajo el ropaje del fanatismo religioso, llevan adelante una política de exterminio cultural, social y espiritual.

La política internacional contemporánea ha quedado atrapada en narrativas selectivas. Mientras los grandes medios de comunicación y parte de los organismos multilaterales se dedican a amplificar con fervor la idea de un supuesto "genocidio en Gaza", callan frente a la evidencia incontrovertible de aldeas cristianas enteras incendiadas, templos destruidos, familias masacradas y pueblos enteros borrados del mapa en Siria, Nigeria y otras regiones. Esa doble vara no es una mera falla de cobertura, sino un síntoma de un tiempo signado por la relativización de los valores universales. El filósofo Karl Popper advertía en *La sociedad abierta y sus enemigos* que "cuando el relato sustituye a la verdad, se abre la puerta a la tiranía". En efecto, estamos frente a una manipulación deliberada de la agenda moral del mundo.

Los cristianos de Oriente Medio no constituyen una minoría accidental ni un residuo folklórico de una antigüedad olvidada. Son la raíz misma de la civilización occidental. Antioquía, Alepo, Damasco, Jerusalén, El Cairo: allí surgieron las primeras comunidades que encarnaron un modo de vivir la fe en libertad frente a la opresión imperial. Fue en Siria donde, según los Hechos de los Apóstoles (11:26), los discípulos de Cristo fueron llamados "cristianos" por primera vez. La historia de nuestra cultura es impensable sin ellos. Philip Jenkins, en *The Lost History of Christianity* (2008), advierte con crudeza: "Si las tendencias actuales continúan, en pocas décadas los cristianos dejarán de existir en buena parte del mundo donde nacieron". Lo que vemos hoy en Siria y Nigeria es la confirmación de esa profecía: un genocidio silencioso que amenaza con borrar del mapa la memoria misma de los orígenes.

La persecución actual no es un episodio aislado, sino la culminación de un proceso histórico. El islam político radical, desde sus primeras expresiones hasta su mutación contemporánea en grupos como Al Qaeda, Boko Haram o el Estado Islámico, ha buscado imponer uniformidad religiosa y cultural por la fuerza. La diferencia con épocas anteriores radica en la globalización de la información: ya nadie puede alegar desconocimiento. Si hoy el mundo calla, no es por ignorancia, sino por conveniencia ideológica.

El liberalismo clásico entendió desde temprano que la libertad religiosa era la primera y más esencial de las libertades. John Locke, en su Carta sobre la tolerancia (1689), afirmaba con claridad que "ningún hombre puede ser obligado a salvar su alma de una manera determinada". La conciencia individual constituye un ámbito inviolable, y su coacción es la negación radical de la dignidad humana. Alberdi, en sus Bases, recogió esa tradición y afirmó que "la libertad civil y religiosa es la primera condición del progreso". La Argentina, nacida bajo el signo de ese liberalismo humanista, no puede guardar silencio frente al martirio de pueblos que son masacrados por el mero hecho de profesar una fe distinta.

La violencia que enfrentan los cristianos de Siria y Nigeria cumple todos los requisitos del genocidio definidos en la Convención de la ONU de 1948: asesinatos masivos, desplazamientos forzados, secuestro de niños, destrucción de templos y patrimonios históricos, todo con la intención expresa de destruir un grupo religioso como tal. El Estado Islámico llegó a publicar manuales justificando la esclavitud sexual de mujeres cristianas y yazidíes, mientras Boko Haram secuestra niñas para forzarlas a la conversión y al matrimonio con combatientes. Este patrón de exterminio no puede ser relativizado ni relativizado bajo pretextos geopolíticos.

Sin embargo, frente a esta barbarie, la reacción de la comunidad internacional ha sido tibia y selectiva. Cuando el conflicto involucra a ciertos actores políticos, se multiplican los editoriales, las marchas y las campañas. Pero cuando se trata de aldeas cristianas incendiadas, reina un silencio casi absoluto. Esa asimetría revela la crisis de los organismos internacionales y la colonización ideológica de los discursos sobre derechos humanos. Friedrich Hayek, en Camino de servidumbre, advirtió que la manipulación de la verdad en nombre de una causa supuestamente justa abre la puerta a nuevas formas de tiranía. La invisibilización del genocidio cristiano responde a esa lógica: un relato que selecciona víctimas en función de conveniencias políticas.

El politólogo Samuel Huntington, en su célebre Choque de civilizaciones, anticipó que los conflictos del siglo XXI serían fundamentalmente culturales y religiosos. Lo que ocurre en Siria y Nigeria confirma esa tesis: no es una guerra por recursos, ni siquiera una disputa territorial, sino un intento de borrar de raíz a comunidades que encarnan otra visión del mundo. Pero si bien Huntington describe el conflicto, es Isaiah Berlin quien nos da la clave ética. En su ensayo Dos conceptos de libertad, sostiene que la libertad negativa —el derecho a no ser coaccionado en la propia conciencia— es la condición necesaria para cualquier pluralidad. El ataque a los cristianos no es solo un ataque a una fe: es un ataque a la libertad misma.

La Argentina tiene una responsabilidad moral ineludible. Nuestra historia está marcada por la acogida de perseguidos: armenios que huyeron del genocidio, judíos escapando del Holocausto, sirio-libaneses que buscaron paz en estas tierras. Somos, en algún sentido, herederos de esas voces silenciadas. Si hoy callamos ante el genocidio de los cristianos en Siria y Nigeria, no solo traicionamos a quienes nos precedieron: traicionamos nuestra propia identidad republicana y liberal.

La persecución religiosa, además, no es un problema lejano. En un mundo globalizado, los atentados terroristas que hoy incendian aldeas en África y Medio Oriente mañana pueden golpear cualquier capital occidental. Defender a los cristianos de Oriente es también defender la seguridad y la estabilidad de la civilización en su conjunto. La indiferencia, como señalaba Elie Wiesel, Premio Nobel de la Paz y sobreviviente del Holocausto, es el peor enemigo: "Lo contrario del amor no es el odio, es la indiferencia".

Es necesario, entonces, poner este debate en clave de civilización. Occidente se enfrenta a una disyuntiva: defender sus raíces de libertad, pluralismo y respeto a la dignidad humana, o sucumbir al relativismo que todo lo justifica. Tertuliano decía: sanguis martyrum, semen christianorum —la sangre de los mártires es semilla de cristianos—. Pero esa semilla solo germinará si la comunidad internacional no la ahoga con su silencio.

La libertad de culto es la piedra angular sobre la cual se edifica todo el edificio de los derechos humanos. Allí donde se la niega, pronto se niegan también la libertad de expresión, de prensa, de asociación. La persecución de los cristianos es, en este sentido, el laboratorio de una amenaza más amplia: el retorno de formas totalitarias que, bajo pretexto religioso, buscan dominar conciencias y uniformar culturas.

Alberdi, en su pensamiento fundacional, entendió que la libertad religiosa era inseparable del progreso nacional. Decía en sus Bases: "Si queremos poblarlos de hombres civilizados, debemos asegurar a cada uno de ellos la libertad de creer y de pensar según su conciencia". Ese principio no es solo válido para nuestro país, sino que debe guiar también nuestra posición internacional.

Los hechos son contundentes. En Siria, aldeas enteras como Maaloula — una de las pocas donde aún se hablaba arameo, la lengua de Cristo— fueron devastadas por el Estado Islámico. Iglesias históricas, como el monasterio de Mar Elian, fueron reducidas a escombros. En Nigeria, Boko Haram ha arrasado poblaciones completas, dejando tras de sí cementerios de niños, mujeres y ancianos. Cada ataque no es solo un crimen contra individuos: es un crimen contra la memoria de la humanidad.

El deber de esta Honorable Cámara es pronunciarse con claridad. No se trata de un conflicto lejano, ni de una cuestión meramente religiosa. Se trata de afirmar la vigencia universal de la libertad, de la dignidad humana y de los derechos fundamentales. Como advirtió Alexis de Tocqueville en *La democracia en América*, "cuando el pueblo deja de ver la religión como un freno, la libertad se vuelve frágil". Y cuando la religión es perseguida con violencia, no solo se asesina a creyentes: se destruye el orden moral que sostiene a la sociedad.

Por todo lo expuesto, esta Cámara no puede permanecer indiferente. Debemos alzar la voz en nombre de la libertad, de la justicia y de la memoria. Nuestro deber es denunciar el genocidio en curso, exigir a los organismos internacionales que actúen con la misma firmeza con la que condenan otros crímenes, y reivindicar la centralidad de la libertad religiosa como principio irrenunciable de toda sociedad abierta.

Solicito, entonces, a mis pares acompañar este proyecto de declaración, convencido de que la Argentina, fiel a su tradición de hospitalidad y defensa de la libertad, debe estar del lado correcto de la historia.

Firmante: Gerardo Milman